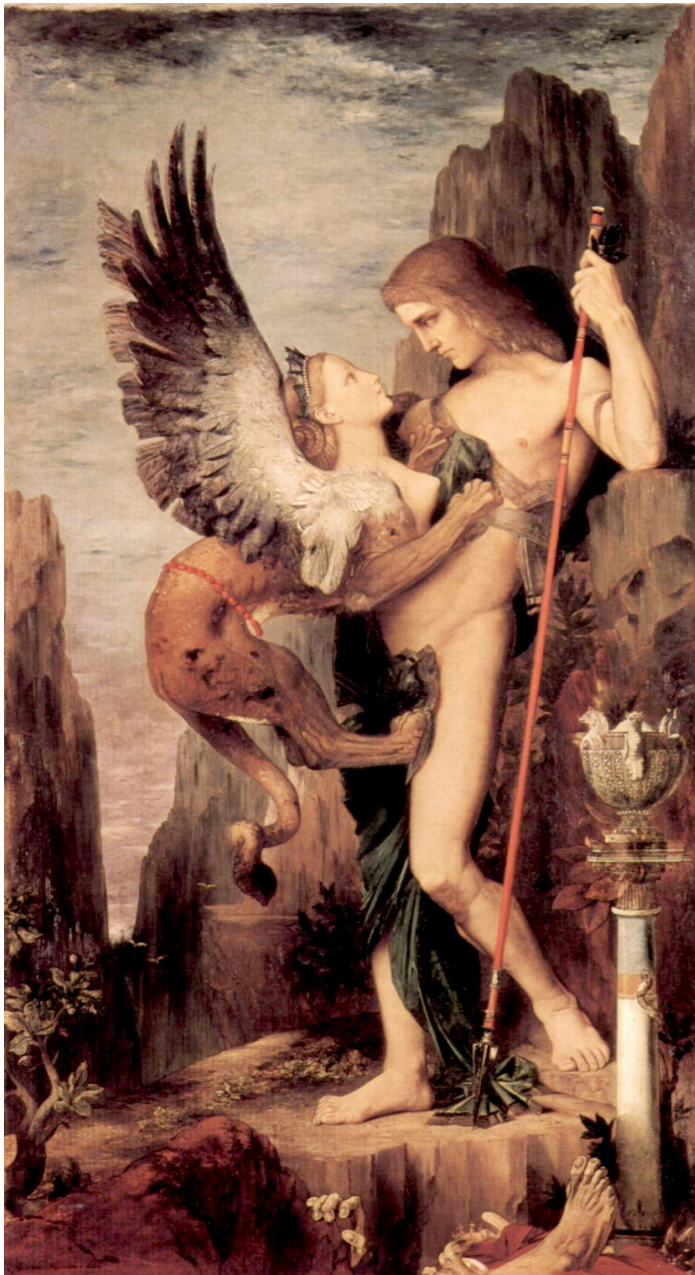


EDIPO REY



***TRABAJO DE CLASE.
2.º DE ESO.***

***PROFESOR: ELÍAS
GÓMEZ F.***

Edipo y la esfinge, de Gustave Moreau (1826 – 1898)

Nombre:

PREGUNTAS

Responde a estas preguntas después de haber leído el fragmento de *Edipo rey* que tienes en las páginas siguientes.

1. ¿Quiénes son los personajes que aparecen en el fragmento?
2. ¿A qué otros personajes se alude?
3. ¿Cuál es la relación entre Edipo y Yocasta?
4. ¿En qué momento sospechamos que Edipo se ha dado cuenta de la verdad? Copia la réplica en que esto se ve.
5. ¿Quién es Febo? ¿Y Apolo? (Pregunta con trampa)
6. ¿Crees que Edipo acepta su destino, o por el contrario intenta eludirlo? Copia los fragmentos del texto en que justifiques tu respuesta.

EDIPO REY

(Fragmento)

(La ciudad de Tebas sufre una terrible peste. Los cultivos no dan fruto, las mujeres no conciben hijos y el ganado sufre terribles partos de los que no nace ningún ternero. El rey Edipo envía a su cuñado Creonte a consultar al oráculo la causa de la desgracia, y este le dice que la razón es que el asesino del anterior monarca, Layo, vive sin preocupación en la ciudad. Edipo proclama que nadie debe hablar ni socorrer al asesino cuando sea descubierto, y llama al adivino ciego Tiresias para que le ayude a descubrirlo. Cuando Tiresias le revela que el asesino es él, Edipo cree que Creonte y Tiresias han urdido conjuntamente un plan para destronarlo.)

YOCASTA.— Desentiéndete, Edipo, de las cosas que dices y entérate de que no hay ciencia humana que no tenga el don de la adivinación. Te voy a dar la prueba brevemente. Una vez le llegó un oráculo a Layo —no diré del propio Febo, pero sí al menos de sus servidores— diciendo que era su destino morir a manos del hijo que nacería de mí y de él. Pero a él, según es conocido, unos hombres extranjeros le dieron muerte en una encrucijada, y desde el nacimiento de su hijo no pasaron tres días, cuando Layo, atándole los pies, hizo que le arrojaran a un monte inaccesible. Así Apolo no dejó que el niño fuera asesino de su padre ni tampoco que Layo muriera a manos de su hijo, como temía. Estos fueron los avisos del oráculo, de los cuales no debes preocuparte; pues aquello que un dios considera necesario, lo saca él mismo fácilmente a la luz.

EDIPO.— ¡Qué inquietud del alma, qué turbación me ha sobrevenido, esposa mía, al escucharte ahora!

YOCASTA.— ¿Qué pensamiento te ha alterado para hablar así?

EDIPO.— Me ha parecido oírte que el rey Layo fue asesinado en un encuentro de caminos.

YOCASTA.— Así se dijo entonces y no ha dejado de decirse.

EDIPO.— ¿Y dónde está el lugar en que ello sucedió?

YOCASTA.— El país se llama Fócide; allí se juntan los caminos de Delfos y de Daulis.

EDIPO.— ¿Cuánto hace que ocurrió?

YOCASTA.— Poco antes de alcanzar tú el trono de Tebas fue anunciado esto a la ciudad.

EDIPO.— ¡Oh, Zeus! ¿Qué has decidido hacer conmigo?

YOCASTA.— ¿Qué es esto, Edipo, que te viene a la memoria?

EDIPO.— No me preguntes todavía. ¿Qué aspecto tenía Layo, qué edad?

YOCASTA.— Era alto y hacía poco que le habían nacido canas; su aspecto no difería mucho del tuyo.

EDIPO.— Desgraciado de mí; me parece que no me he dado cuenta hace un momento de que contra mí mismo profería terribles maldiciones.

YOCASTA.— ¿Cómo dices? Tiemblo al mirarte, rey.

EDIPO.— Terrible desánimo me invade, no sea vidente el adivino. Pero mejor me lo harás

ver si me dices una cosa.

YOCASTA.– Tengo miedo, pero responderé a lo que me preguntes.

EDIPO.– ¿Marchaba solo o con escolta numerosa, como un rey?

YOCASTA.– Cinco eran en total, entre ellos un heraldo; sólo había un coche, el que llevaba a Layo.

EDIPO.– ¡Ay, esto ya está claro! ¿Mas quién era, señora, el que contó lo sucedido?

YOCASTA.– Un esclavo, el único que se salvó y volvió.

EDIPO.– ¿Está ahora en el palacio?

YOCASTA.– No, en verdad; cuando llegó él de allí y vio que tú tenías el poder y Layo estaba muerto, me suplicó, tomándome la mano, que le enviara al campo como pastor de rebaños, para estar lo más lejos posible de la vista de Tebas. Yo le envié, pues era digno, para ser un esclavo, de obtener este favor y aun otro más grande.

EDIPO.– ¿Cómo podría venir a toda prisa?

YOCASTA.– Es fácil, mas ¿por qué lo deseas?

EDIPO.– Temo, señora, haber hablado demasiado; por eso quiero verlo.

YOCASTA.– Bien, vendrá; pero también yo merezco, rey, saber la inquietud que hay en ti.

EDIPO.– No te he de privar de ello, una vez que he llegado a este presentimiento. Pues ¿a quién hablaría mejor que a ti en este trance? Era mi padre Pólipo, el corintio, y Mérope, mi madre, de la Dóride. Yo era considerado como el primero de los ciudadanos hasta que me ocurrió un suceso digno de admiración, si bien no del calor que puse en él. Un hombre ebrio me dijo en un banquete que yo no era hijo verdadero de mi padre. Yo, vejado, apenas me contuve; y al otro día fui a mis padres y les hice la pregunta; y ellos se dolieron de la ofensa del que dejó escapar aquella afirmación. Yo me alegré por ellos, pero aquello me escocía continuamente; pues me llegó a lo vivo. A escondidas de mi padre y mi madre, me encaminé hacia Delfos; y Febo, a lo que preguntaba, nada me respondió, mas reveló otras cosas llenas de miseria, de horror y de dolor: que yo debía unirme con mi madre y haría nacer hijos cuya vista los hombres no podrían soportar y había de ser el asesino de mi padre. Cuando esto oí, huí de Corinto guiándome por las estrellas, adonde jamás viera cumplirse la vergüenza de mi oráculo. Andando, llegué a aquellos lugares en que dices que murió vuestro rey. Voy a decirte la verdad, señora. Cuando llegaba cerca de aquella encrucijada vi que hacia mí venían un heraldo y un hombre que montaba en un coche de potros cual tú dices; y el que venía delante y el anciano mismo quisieron apartarme por la fuerza del camino. Yo golpeé con ira al que me echaba fuera, al cochero, y al verlo el viejo, aguardando a que pasara, me clavó desde el coche su aguijón de dos púas en mitad de la cabeza. No sufrió igual castigo, pues al punto le golpeé con mi bastón y, rodando del coche, cayó en el suelo boca arriba. Luego di muerte a los demás. [...] ¿No se podría decir que todo esto ha sido maquinado contra mí por un dios lleno de crueldad?

Sófocles: *Edipo rey* (versión de Francisco R. Adrados). Madrid: Ediciones Clásicas, 1992.